

JOSUE DE CASTRO

UNA VOZ DEL TERCER MUNDO

HACE algo más de veinte años, Josué de Castro lanzó una especie de bomba en las tranquilas conciencias occidentales, ocupadas ya en la carrera hacia el consumo, gracias al Plan Marshall. Su libro, «Geopolítica del hambre», llamaba las cosas por su nombre, cuando hasta entonces se prefería decir púdicamente «malnutrición» u otros eufemismos análogos. El autor acaba de actualizar su obra, que resulta más impresionante hoy que entonces. Lejos de resolverse o de paliarse, los problemas se han agudizado, y el tercer mundo se encuentra, según Josué de Castro, en el momento decisivo de su historia. La denuncia de Josué de Castro es siempre categórica, en lo referente a las razones de la existencia del hambre: «El imperialismo económico y el comercio internacional, controlados por minorías cegadas por la ambición del momento, tenían gran interés en que la producción, la distribución y el consumo de los productos alimenticios continuasen desarrollándose indefinidamente como puros fenómenos económicos dirigidos en el sentido de sus intereses financieros exclusivos, y no como fenómenos del mayor interés social, destinados a proporcionar el bienestar a la colectividad»; pero los remedios que propone son lo suficientemente reformistas como para que, desde entonces, haya sido nombrado embajador de Brasil ante las Naciones Unidas, presidente de la FAO, profesor de Biología y Ecología humana en la Universidad de París y profesor del Centro Internacional del Desarrollo, entre otras cosas. Lo cual no impidió que el Gobierno militar de Brasil le retirase sus derechos cívicos.

—¿Qué balance se puede hacer hoy, tras la conferencia de Santiago de Chile, de la ayuda de los países ricos al tercer mundo?

JOSUE DE CASTRO.—En primer lugar, no ha habido ninguna ayuda. Se cifra la «ayuda» en diez mil millones de dólares por año. Ahora bien, de esos diez mil millones, tres están destinados a la compra de armas —no es una ayuda

al desarrollo, sino al armamento— y otra parte es para financiar a las industrias de los países ricos industrializados, que necesitan un mercado para exportar sus productos; por ello, prestan tal cantidad con la condición de que los países subdesarrollados importen productos de consumo del país que les presta. Es, pues, una ayuda con compromiso, y no una ayuda libre desde la óptica del país que quiere desarrollarse. ¿Qué queda, pues, de esta «ayuda»? A veces no queda más que la ayuda que los países pobres prestan a los ricos. Un país como Brasil ayuda enormemente a los Estados Unidos. La cantidad de dólares que Brasil exporta cada año hacia los Estados Unidos es doble de lo que recibe anualmente. Esto escandaliza a mucha gente, y, sin embargo, se dice que los Estados Unidos ayudan a Brasil. Hay que suprimir la palabra «ayuda»; lo que necesitan los países subdesarrollados es el respeto. El respeto económico. Es decir, pagar a esos países el justo precio de las materias primas, de

los productos básicos, la fuerza de trabajo de esos países que no se les paga.

—¿Piensa usted que conferencias como la de la UNCTAD pueden ayudar a resolver en parte los problemas de los países pobres?

J. DE C.—Sobre eso soy muy escéptico, pues se trata de una confrontación de intereses antagónicos. Cierto es que el tercer mundo está viviendo momentos dramáticos y decisivos, pero también es verdad que los países ricos —Europa y los Estados Unidos— están atravesando una crisis mayor que la de los países subdesarrollados, por la falta de mercados, por el paro obrero, que asoma cada vez más; pero nosotros estamos acostumbrados a la pobreza, a la miseria, mientras que en los países ricos causa pavor. Estos países están viviendo una hora dramática, y lo único que buscan es dónde exportar sus productos, sin importarse las condiciones en que se haga. Por eso se crea la «Europa de los diez»; el capitalismo europeo, concentrándose, quiere defenderse me-

yor, y en este sentido creo que va a ser una fuerza contra el tercer mundo. Ahora bien, todo esto es provisional: Europa, tanto como los Estados Unidos y también la Unión Soviética, irán de crisis en crisis. Se verá entonces que la única solución es universal, de una economía integrada, del mundo entero. La puramente europea no resuelve nada. Es como el aislacionismo de los Estados Unidos, que fue un fracaso. Vamos hacia una internacionalización de la economía, con la participación del tercer mundo. La hora de los bloques ha pasado.

—Pero, en lo inmediato, soy pesimista ante el porvenir del tercer mundo. Su mayor enemigo es, en efecto, la concentración de capitales, y, de seguir las cosas como van, en mil novecientos noventa y cinco la concentración será tal que el ochenta y cinco por ciento del capital mundial estará en manos de sesenta empresas. Y esas sesenta empresas manipularán mil billones de dólares por año. El beneficio de cada una de ellas equivaldrá a la mitad del presupuesto de Francia.

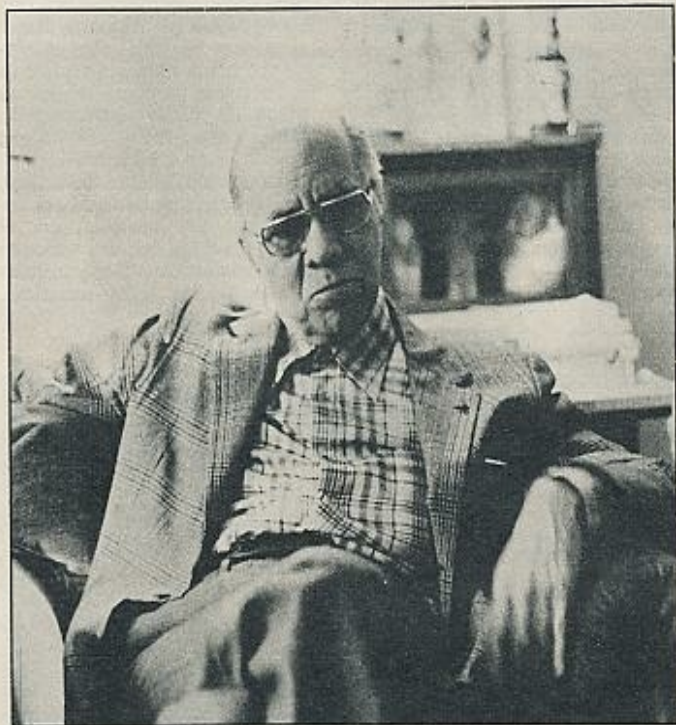
—Una Europa ampliada y unida será, pues, nefasta para el tercer mundo.

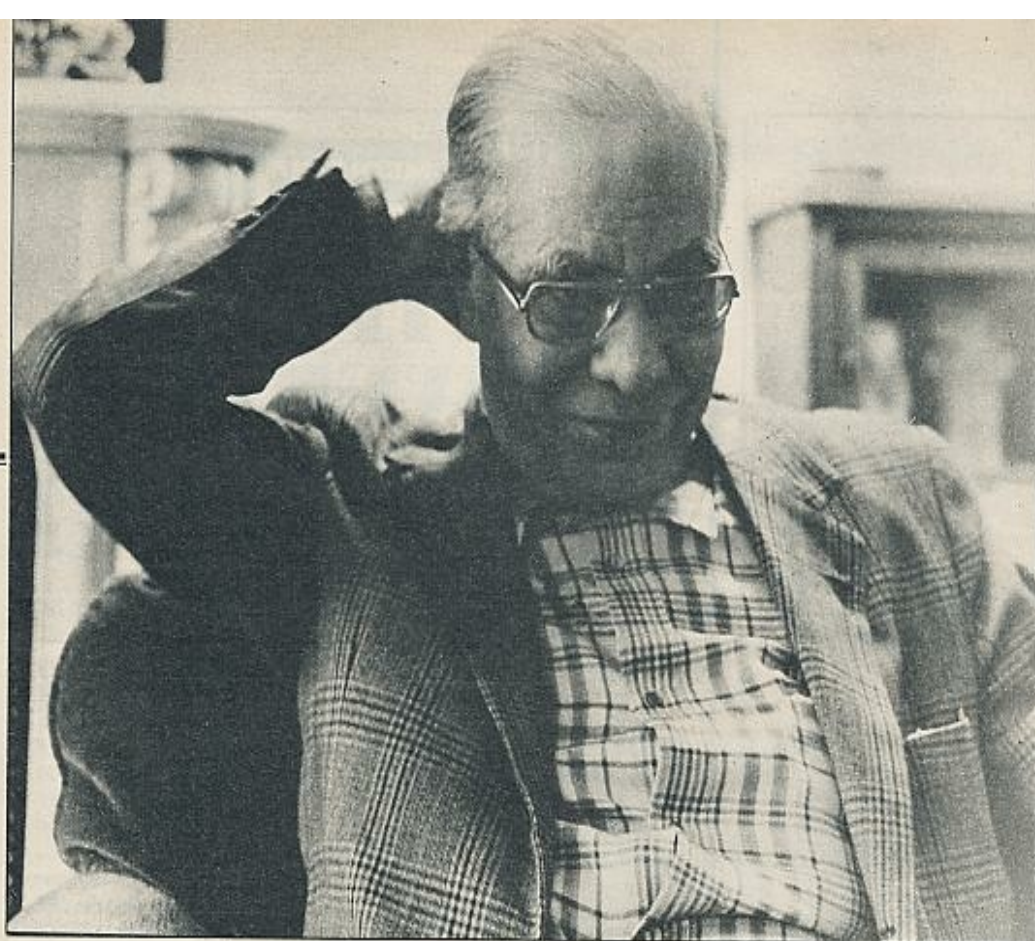
J. DE C.—Depende de la posición que vaya a tomar Europa, pero eso no dependerá únicamente de ella, sino del juego de fuerzas en el mundo. Si las dos grandes potencias continúan queriendo dominar al mundo, Europa querrá ser una tercera potencia, y las grandes potencias son siempre enemigas del tercer mundo. Europa tiene que comprender que debe adherirse más bien al grupo de los setenta y siete, con China también, y no convertirse en una superpotencia con todos los defectos que tienen.

—Usted siempre ha luchado contra los que atribuyen el subdesarrollo a razones climáticas.

J. DE C.—Sí; hay teóricos que dicen que el subdesarrollo es algo inevitable, por producirse en países mestizos y el mestizaje es algo contrario al progreso, o porque están situados en regiones tropicales. Y que por esa razón, en esos países no se trabaja. Yo digo que somos perezosos porque no somos idiotas. No queremos trabajar gratis. Por ejemplo, América del Sur es perezosa y dobló su producción en diez años; los precios de los productos de base han bajado en relación con los productos industriales. ¿Qué hubiera pasado si América Latina fuese trabajadora? Hubiera cuadruplicado la pro-

El subdesarrollo es un producto inevitable del desarrollo; es el reverso de la medalla. El subdesarrollo se produce a través de un mecanismo de desculturización, de degradación y de segregación de las culturas tradicionales. El país rico envía técnicas, métodos de vida, métodos políticos y dólares para que circulen en un país donde esas cosas no tienen sentido... Entonces, ¿qué sucede?...





libro patrocinado por el Club de Roma, «The limits to grow» («El límite del crecimiento»). El libro desarrolla la tesis siguiente, que le voy a leer:

«El grupo de trabajo distingue cuatro factores básicos que determinan el límite hacia el desarrollo. Son los siguientes: población, producción agrícola, riquezas naturales y producción industrial-contaminación».

«Pues bien; habla de estos límites y no dice ni una sola palabra del cambio de estructuras. Para mí, desarrollo significa aumento de riquezas y cambios sociales. Si éstos no se producen, no habrá verdadero desarrollo. Se producirá, en cambio, el desarrollo que preconiza este libro, el desarrollo colonialista. ¿Por qué se olvidaron de esto a conciencia? Ellos saben muy bien que lo que frena el desarrollo son las estructuras. Es el caso de mi país, Brasil, que se desarrolló a un ritmo enorme —del ocho al doce por ciento— entre mil novecientos cincuenta y mil novecientos sesenta, para detenerse después. ¿Por qué? Porque no se modificaron las estructuras. Se hizo una reforma industrial sin la menor reforma agraria, y esas estructuras agrarias anticuadas frenaron el desarrollo.

«Es cierto que la contaminación es una consecuencia de la producción industrial y de la urbanización, pero sabemos muy bien que se puede producir, industrializar y urbanizar sin contaminar. Todo depende del costo de la producción. Pero los países ricos no quieren aumentar los costos de producción. Y en cambio preconizan que nos detengamos. Los que deben detenerse son los países que contaminan el mundo. Quienes deben detener su producción —si es que hay que hacerlo— son los Estados Unidos, principales contaminadores de la civilización actual. Groenlandia no posee ninguna industria. Pues bien, cada año recibe una capa de plomo, que se coloca entre cada capa de nieve. Esa espesa capa de plomo proviene de la gasolina quemada en los Estados Unidos, que el viento lleva hasta Groenlandia. Si por un azar el clima cambiase y la nieve y el hielo de Groenlandia se derritiesen, todos los mares y océanos del mundo estarían contaminados. Se terminaría la vida en los mares y con ella el plancton, y ya se sabe que sin plancton no existe ni vida animal ni, menos aún, vida humana. ■ **Declaraciones recogidas en magnetofón por RAMON LUIS CHAO.** Fotos: CRIADO.

ducción, los precios hubiesen caído tanto, que estaría ahora en la bancarrota. Dichosos, pues, los peores, que están salvando a la economía mundial.

«No somos, pues, subdesarrollados por la fuerza de las cosas, sino por la fuerza de las circunstancias. Esa entidad geográfica que se llama tercer mundo no existe. Es una denominación puramente convencional. Se creó como los españoles crearon América Latina: por la fuerza del espíritu. Porque el tercer mundo es muy diverso, tiene características muy diversas en cada región y es muy difícil decir qué país pertenece o no al tercer mundo. Brasil, por ejemplo, país «subdesarrollado», tiene una región en el Sur —Sao Paulo— mucho más desarrollada que Europa entera. En muchos aspectos, la productividad concentrada en la ciudad de Sao Paulo no tiene comparación con ningún centro europeo, pero al lado de eso, de ese desarrollo fantástico, existe la miseria horrible del Nordeste brasileño, donde yo nací, donde hay veintisiete millones de hambrientos aún hoy, y que son una colonia de Sao Paulo. Es el fenómeno del colonialismo interno, más grave y más peligroso que el colonialismo externo.

«También dicen que el subdesarrollo es inevitable, porque nuestros países no tienen una cultura tradicional bien definida. Ese es un gran error de la civilización tecno-

crática de Occidente: la cultura del antiguo Egipto, de Caldea, la cultura hindú, la civilización griega, la romana estaban muy bien desarrolladas; a su manera, evidentemente. Quizá no tuvieran máquinas de volar, pero tenían máquinas de pensar mejores que los cerebros del hombre actual. Los grandes filósofos del mundo nacieron en Grecia, como los coroneles, lo que demuestra que las doctrinas climáticas no sirven para nada.

—Aboga usted —sobre todo últimamente— por una revalorización de las culturas de los países del tercer mundo como factor de desarrollo.

J. DE C.—Lo que quiero decir es que no hay un solo desarrollo, y que los occidentales se equivocan al creer que poseen la única civilización y que el desarrollo consiste en imitar a esa civilización. Es decir, que los países del tercer mundo deben pasar por las mismas etapas que los países europeos. Pues bien, nosotros no queremos eso. Y no queremos seguir el ejemplo de Japón, que se ha convertido en la cuarta potencia mundial. Según el economista americano Schumann, Japón aprendió muy pronto las virtudes y los defectos de Occidente, por eso ha hecho lo mismo que Occidente: las mismas invasiones, el mismo fascismo, etcétera.

«Yo digo que el tradicionalismo no va en contra del progreso. Y aquí

vuelvo a la definición del desarrollo. Se dice que el subdesarrollo es la ausencia o la escasez de desarrollo. No es eso en absoluto. El subdesarrollo es un subproducto inevitable del desarrollo; es el reverso de la medalla. El subdesarrollo se produce a través de un mecanismo de desculturización, de degradación y de desagregación de las culturas tradicionales. El país rico envía técnicas, métodos de vida, métodos políticos y dólares para que circulen en un país donde esas cosas no tienen sentido. Entonces, ¿qué sucede? Los países miserables pierden su cultura sin adquirir otra en su lugar. Están perdidos, alienados. El tercer mundo es un mundo alienado. Están perdidos en el mundo, como el Oriente Medio, desorientado, torturado, aplastado por miserias, por guerras...

—En sus cursos de la Universidad de París concede usted mucha importancia a los problemas de contaminación atmosférica, del medio ambiente.

J. DE C.—Porque para mí es la última amenaza que pesa sobre el tercer mundo. La última teoría para justificar y recomendar a los países pobres que detengan el desarrollo, es decir, que es muy peligroso desarrollarse. ¿Por qué es peligroso? Porque existen límites al desarrollo, dicen, y el peligro mayor es la contaminación.

«Sobre esto se ha escrito un libro que yo considero criminal, un